

LIBRO TRIGÉSIMOQUINTO

DECADENCIA DEL IMPERIO

- SUMARIO: I.—Estado general de los asuntos interiores: síntomas particularmente propios para despertar la inquietud.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—*Las doctrinas antirreligiosas*: los periódicos pequeños: el congreso de Lieja: los entierros cíviles: el *Sidèle* y la estatua de Voltaire.—Incidentes diversos: la moral independiente; la Liga de la enseñanza: la Escuela de medicina.—Pastorales.—Petición al Senado: los cardenales y Sainte-Beuve.—Julio Favre en la Academia: su profesión de fe espiritualista: polémicas que su lenguaje suscita.
- III.—*Las doctrinas radicales*.—El antiguo partido democrático; alteraciones que sufre: los grupos diversos de radicales y revolucionarios.—Los hombres de 1848 y los diputados de la oposición empiezan a perder influencia.—La nueva ley de imprenta: Delescluze: Rochefort y *La Linterna*.
- IV (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo la oposición democrática lleva su osadía al extremo de discutir los títulos fundamentales del poder.—Ténot: su libro sobre el 2 de diciembre; éxito de esta publicación; de cómo la atención pública vuelve a fijarse en el golpe de Estado.—De qué manera revive el recuerdo del representante Baudín.—Manifestación iniciada el 2 de noviembre de 1868 en el cementerio Montmartre.—*Subscripción Baudín*.—Procesamientos; incidentes.—Gambetta.—El proceso Baudín en la Sala 6.^a (13 de noviembre de 1868.—Gambetta defendiendo á Delescluze; prodigioso éxito de esta defensa.
- V (*Extracto del texto de La Gorce*).—*La Asociación Internacional de Trabajadores*: su origen: sus humildes principios: sus estatutos.—Tolain y sus amigos: bajo el imperio de qué ideas continúan su empresa.—De cómo la Asociación no despierta de pronto más que indiferencia y recelos; de cómo, á medida que se pervierte, va adquiriendo notoriedad.—Congreso de Ginebra (septiembre de 1866): huelgas de 1867: Congreso de Lausana (septiembre de 1867): alianza con la demagogia y cómo esta alianza se afirma.—Primer proceso: nueva comisión; segundo proceso.—Congreso de Bruselas (septiembre de 1868).—Cómo la Internacional se desarrolla, y cómo, hacia el final del imperio, es enteramente confiscada en provecho de la política.
- VI (*Extracto del texto de La Gorce*).—*Las reuniones públicas*.—Laudables esfuerzos de los economistas, de los moderados de todos matices y de los católicos; cómo sus esfuerzos resultan inútiles.—Cuadro de las reuniones públicas en la ciudad y en los arrabales.—Cómo y por qué motivos el gobierno al principio se muestra tolerante.—Excesos de lenguaje en materia religiosa y política; escenas odiosas y burlescas.—El poder se decide á empezar á instruir procesos.—Cómo resultan fallidas todas las esperanzas del gobierno: celebridad que adquieren ciertos nombres: de cómo los corifeos de los clubs son llamados á ser los jefes de la *Commune*.
- VII (*Extracto del texto de La Gorce*).—Cómo el imperio se debilita á medida que aumenta la fuerza de sus enemigos.—El emperador: sus servidores: la emperatriz: la leyenda napoleónica: cómo disminuye el prestigio de la dinastía: algunas publicaciones que tienen por objeto destruir la leyenda imperial.—Decepciones que deja en pos de sí el año de 1868.—Caída de Pínard.—Incidentes diversos: algunos cargos de la oposición: desaparición de unos cuantos servidores del imperio, tales como Walewski y Moustier: funerales de Troplong (marzo de 1869).
- VIII.—Cómo el imperio, sintiéndose débil, se propone rejuvenecerse con la agregación de hombres nuevos.—Miras diversas.—Grupos en que el gobierno puede buscar un nuevo personal.
- IX.—Las elecciones de 1869: los partidos: la *Unión liberal*: votos comunes en que coinciden las profesiones de fe.—De cómo las elecciones de 1869 señalan la primera entrada en escena del partido radical.—El gobierno: sus principales medios de acción.—La lucha electoral en París: Ollivier y Bancel; Gambetta; Julio Favre y Rochefort; Cochín.
- X (*Extracto del texto de La Gorce*).—Resultados del escrutinio: el gobierno conserva, sin disminución muy sensible, su antigua mayoría: circunstancias que debilitan el sentimiento de ese triunfo: espanto que ciertas elecciones inspiran: tentativas de sedición en París.—Huelgas; colisión de la Ricamaría.—Actos contradictorios de la política imperial.—Inauguración de la legislatura extraordinaria (28 de junio de 1869).—Disposiciones de los diputados: los 116.
- XI.—El mensaje de 12 de julio de 1869: reformas que anuncia y cómo estas reformas completan la transformación del imperio autoritario en imperio liberal. Retirada de Rouher.
- XII (*Extracto del texto de La Gorce*).—De cómo el emperador, con sus demoras é indecisiones, pierde el mérito de su generosa iniciativa.—El nuevo ministerio; cómo éste lo mismo parece prolongar el antiguo régimen que inaugurar un régimen nuevo: circunstancia particular que indispona al Cuerpo legislativo.—Consejos contradictorios: incidentes diversos.—El proyecto de senadoconsulto: dictamen del Sr. Devienne: en qué responde á los sentimientos del Senado: discusión pública: discurso del príncipe Napoleón: votación del senadoconsulto (6 de septiembre de 1869).—De qué manera lastimosa el emperador prolonga la época de transición.—Osadías crecientes de los partidos extremos: los periódicos; los congresos; las reuniones públicas.—Huelga de Aubin.—La fecha de 26 de octubre: proyecto de manifestación, y cómo este proyecto aborta.—Elecciones complementarias en París: candidatura y elección de Rochefort.
- XIII.—Constitución del nuevo ministerio: negociaciones diversas: reunión del Cuerpo legislativo: grupos á que apela Napoleón: listas sucesivamente adoptadas y modificadas.—Formación del ministerio de 2 de enero.

I

Quisiera describir aquí nuestra situación interior en estos últimos años del segundo Imperio que aún no dejan prever el supremo fin, pero que ya denotan la de-

cadencia. Al agrupar los rasgos de ese cuadro siento un verdadero embarazo. Temo que mis lectores me acusen de trazar de esa época un esbozo demasiado sombrío, de envolver en la misma severidad excesiva á los que fueron los enemigos del soberano y á los que fueron

sus amigos. En el espíritu de nuestros contemporáneos, el reinado de Napoleón III no despierta, en suma, más que una doble imagen: al principio, el aspecto de un régimen regular y riguroso, pero próspero, ordenado conforme á una voluntad única que, en la insuficiente fiscalización de las instituciones, se modera á sí misma con bastante prudencia; y al final un inmenso abismo en que todo se hunde, imperio, ejército y nación. Entre esas dos épocas, una de feliz dominación y otra de inolvidable caída, el tiempo ha borrado ya un poco, al menos por lo que toca á los acontecimientos nacionales, el recuerdo de los años intermedios. Si alguien se detiene en él, es para observar la evolución algo indecisa y caprichosa que transforma gradualmente las leyes constitucionales. Raramente el pensamiento va más allá. Como todas las apariencias siguen siendo brillantes, como la solidez del crédito, la abundancia del dinero y el embellecimiento de las construcciones difunden por todas partes un aire de riqueza; como el lenguaje público de los funcionarios no cesa de ser tranquilo hasta la infatuación, nadie puede persuadirse de que esa sociedad tan jovial, tan opulenta y tan bien ordenada, sea minada por gérmenes disolventes; y, al parecer, la única gran preocupación reside en la política exterior, decididamente peligrosa y comprometida.

Este juicio sumario dejaría en la sombra todo un lado de nuestras miserias. El peligro exterior ya hemos dicho cuál era, y pronto volveremos á tener ocasión de hablar de él. Nuestra situación interior está llena de obscuridad y confusión. Dos años han de transcurrir aún antes de la caída final, mas para todo el que penetra más allá de las superficies, empieza ya la decadencia. El soberano se debilita visiblemente, y siente igual embarazo, tanto si aspira á renovarse como si se resigna á volver á las andadas. Las leyes antiguas parecen caídas en desuso y las leyes nuevas están llenas de contradicciones. Al silencio de la represión ha sucedido el desenfreno de las palabras, charla presuntuosa, violenta y hueca. En presencia del imperio se alza una oposición insultante y provocativa, pero falta de virilidad y de virtud, y hasta del valor que conduce la rebelión hasta el fin. Surgen hombres nuevos que reproducen las máximas anarquistas, escogiendo entre éstas las más funestas, las que rabiosamente niegan á Dios, á la sociedad y á la patria. Inicianse manifestaciones insolentes y cobardes, odiosas y pueriles; y no pudiéndose imitar aún los crímenes revolucionarios, se les parodia. Perplejo entre consejos contrarios, el gobierno tan pronto tolera como reprime: á veces también, creyéndose hábil, descubre el mal y hasta lo exhibe, como los espartanos de la antigüedad que enseñaban los esclavos embriagados á sus hijos. Así se marcha hacia el desenlace, en medio de un gran ruido discordante de sofismas ó exhortaciones cándidas, de necedades ó impresiones. El régimen se sostiene con un brillo enteramente superficial; y á intervalos resuena el clamor jovial de los que, habiendo tomado el imperio por una fiesta, quieren prolongar la fiesta hasta el fin. Repito que temo parecer excesivo á los ojos de muchos. Pero, en esta última época del reinado, la historia del segundo imperio se compone de dos historias que se desarrollan paralelamente repercutiendo una en otra: compónese la una de los manejos del enemigo que nos ace-

cha y está la otra formada de aberraciones de los partidos. De estas dos historias, la primera, la exterior, la que vendrá harto pronto, tendrá su conclusión en la guerra funesta. Y ¿qué decir de la segunda, de la que hemos de emprender ahora? Los contemporáneos, engañados por el brillo de las apariencias, sólo discernieron en momentos dados las inquietantes señales que contenía; mejor instruídos por los acontecimientos posteriores, nosotros podemos reconstituirla, y aparece, ¡ay!, como el prefacio de la *Commune*.

II

Los hombres que hacia el final del reinado aspiraban á destruir el imperio ó, por mejor decir, toda sociedad civil, fueron lógicos. Queriendo derribar á la autocracia humana, empezaron por atacar á Dios.

El ataque, al principio, había sido obscuro. Los que, hacia 1865, vivían en la margen izquierda del Sena, deben acordarse de ciertos periodiquillos redactados en el Barrio Latino y que se leían con toda clase de comentarios, ya en las cervecerías, ya en los pórticos del Odeón. De aquellas publicaciones, generalmente no salieron á luz más que unos cuantos números; las principales fueron *Les Jeunes*, *Candide* y *La Rive gauche*. Sus redactores eran Protot, Tridón, Vermorel, Julio Vallés, nombres oscuros entonces, pero que más tarde habían de ser famosos. Aquellos periodiquillos, no políticos y como tales exentos de timbre, tuvieron el triste honor de ser los primeros en proclamar el radicalismo en la impiedad.

Aquel grito de rebelión probablemente no hubiera tenido eco, si no hubiese sido denunciado á los tribunales como un ultraje á la moral religiosa. Aquellos jóvenes osados carecían de todo, de medios de publicidad, de capital y, con frecuencia, de talento. No podían reclamar el apoyo de nadie, ni el de los hombres de 1848 que, lejos de negar á Dios, lo habían invocado, ni el de los diputados republicanos del Cuerpo legislativo, encerrados en una oposición puramente política y que fingían ignorar aquellos excesos. En su aislamiento, no tenían más recurso que soñar en un porvenir hecho á imagen de sus ideas y maldecir en secreto todo lo que no era su individualidad. Para apoyarse en alguna autoridad, tuvieron que buscarla entre los hombres de la Revolución, escogiendo á los más atroces; pues el mismo Robespierre había proclamado al Ser supremo, única cosa que aquella juventud le reprochaba.

Pensóse que el público que se obstinaba en no leer aquellos periodiquitos se dejaría tal vez impresionar más por las palabras. Precisamente empezaban á estar de moda los congresos. En otoño de 1865 se celebró uno en Lieja, adonde acudieron de París varios estudiantes desertores del curso y otros que en su vida habían estudiado nada. Los principales se llamaban Tridón, Protot, Regnard, Jaclard, Germain Casse. Todo lo que puede inventar el materialismo más desvergonzado lo proclamaron ellos, y esta vez hablaron tan alto que no fué posible dejarlos de oír (1). La burguesía se sintió perturbada, y hasta el *Sidèle* declaró que aquello era un

(1) Véanse los debates del proceso del café de la Renaissance. Pedimento del abogado imperial Lepelletier (*Gazette des Tribunaux*, 7 y 8 de enero de 1867).

abuso. La autoridad universitaria pronunció contra los estudiantes facciosos algunas exclusiones que no importaban gran cosa. Pero ellos se alegraron, porque al fin habían hecho hablar de sus doctrinas y de sus personas.

Las vías y plazas públicas estaban severamente vigiladas. Pero si por la calle se escoltaba á un cadáver, el respeto debido á los muertos obligaba á cierta tolerancia. Por aquel entonces acababan de establecerse en Bruselas varias sociedades llamadas de *Solidarios*. Los socios disponían que, á su muerte, no se celebrasen exequias religiosas, y cada solidario asumía el deber de asegurar la voluntad de sus compañeros. Pareciendo la idea digna de ser imitada, fundóse en París, durante el año de 1865, una *Sociedad internacional de librepensadores*. Los afiliados contraían tres compromisos: exclusión del cura en los actos de nacimiento, exclusión del cura en los actos de matrimonio y exclusión de todo cura en el acto de la muerte (1). Entonces empezaron á comprender la ingeniosa oportunidad de los *entierros civiles*. El muerto era lo de menos: lo importante era la ocasión de reunirse, conferenciar unos con otros, comunicar consignas, contar los recursos del partido y hasta pronunciar discursos en las barbas de la policía necesariamente indulgente. En aquel año de 1865, París vió pasar por sus calles dos grandes cortejos fúnebres á los cuales no acompañaba ningún ministro del culto: el cortejo de Proudhón, y después el de Bixio, personaje de una reputación íntegra y digno de mejor fin. De París el ejemplo se propagó á provincias. En Amiéns, durante el año de 1866, la logia masónica *El Porvenir* puso en estudio los medios más prácticos para excluir de las ceremonias supremas el concurso de la Iglesia. Poco tiempo después, un tal Leballeur-Villier emprendió en Marsella un proselitismo igual. Los devotos no eran los únicos que llevasen medallas. Parece que Leballeur-Villier tenía su escapulario laico, consistente en un pergamino que, en previsión de muerte repentina, llevaba constantemente sobre el pecho y por medio del cual prohibía á todo cura que tocara á su cadáver. A principios de 1867 un proceso por asociación secreta, llamado *proceso del café de la Renaissance*, reveló toda aquella propaganda. Los debates de la audiencia probaron que los entierros civiles tendrían su personal, personal fanático, cuidadosamente disciplinado, instruido para esas ceremonias como pudiera estarlo para una revista. Un polaco (porque así en lo malo como en lo bueno se encuentran siempre polacos) confesó que asistía á todos los entierros civiles, á los cuales dijo que era «¡aficionado!» A partir de entonces, se encuentran en los informes y confidencias hechas al emperador las huellas de las preocupaciones que tales tendencias inspiran. El prefecto de policía, Sr. Pietri, señala manifestaciones anárquicas, en Bourges con motivo del entierro de una mujer del pueblo, y en Orange con ocasión de las exequias de un médico. «La obra de los librepensadores, añade, continúa á la luz del día. Basta querer morir sin cura y ser enterrado sin ninguna ceremonia del culto,

(1) Véase el Informe de M. Delpit en la información parlamentaria sobre la insurrección de 18 de marzo, y Declaración de M. Massé, ex jefe de la policía municipal, declaración de testigos, pág. 224 (*Rapport*).—Véase también el pedimento de M. Lepelletier en el proceso del café de la Renaissance (*Gazette des Tribunaux*, 7 y 8 de enero de 1867).

para ser ensalzado por ciertos papeles públicos (2).» Sin embargo, al instinto popular y á la piedad familiar les repugnaba aquella glorificación de la nada. Mientras los concurrentes, concluido su servicio, se dispersaban por las tabernas del barrio, las madres, las esposas, las hermanas del difunto acudían á su vez, penetraban silenciosamente en el cementerio y al anochecer plantaban una cruz en la tierra removida.

Tan brutal negación de todas las cosas divinas desconcertaba mucho á los viejos apóstoles de la incredulidad. El *Siècle*, que hasta entonces se había preciado de formar escuela en materia de libre pensamiento, no había podido imaginarse semejantes audacias. Dicho periódico practicaba una especie de impiedad media que no quería ser antisocial y se contentaba con rebelarse contra Dios, no atreviéndose á negarle. Todos sus redactores estaban condecorados, y su director, el señor Havin, no era nada feroz. Después de haber condenado á la Inquisición, glorificado á Galileo y denunciado la casuística de los jesuitas; después de haber confundido además en una misma mescolanza el Terror blanco, la Congregación y los billetes de confesión, creía haber llegado al extremo de su elocuencia y de su apostolado. Terminado el ciclo, no tenía más que volver á empezar, y no dejaba de hacerlo. ¡Qué espanto al ver que lo considerado hasta entonces como la última palabra de la osadía moderna era tenido ahora por declaración tímida ó como chochez pasada de moda! Herido en su amor propio, el antiguo órgano del partido democrático sentíase amenazado en su clientela. En los cafés, en los gabinetes de lectura, en las tabernas, los neopontífices del materialismo desdenaban el periódico, buscando algo más picante. El *Siècle*, que hubiera podido resistir á los jóvenes temerarios, prefirió entrar en gracia dando un tinte ligeramente más subido á sus colores. A principios de 1867, abrió en sus columnas una subscripción para erigir una estatua á Voltaire en una de las plazas de París. Esta fué su manifestación, y, ávido de recobrar su popularidad, no perdonó medio de darle realce. Las antiguas creencias recibieron, pues, al mismo tiempo dos ataques: el de la impiedad burguesa que se detenía en *Micromegas* y en *Cándido*, y el de la impiedad radical que aspiraba á nivelarlo todo.

A menudo las obras de demolición, empezadas por grandes culpables, son continuadas por inconscientes cómplices. El peligro se agravaba con las tendencias de las escuelas filosóficas y científicas. Por esta parte el mal era igual, aunque más sutil y menos comprensible. En los círculos eclécticos y refinados, nada de insultos, sino un tranquilo desdén; nada de agresión, sino un perseverante esfuerzo para reducir al estado de leyenda lo que un mundo demasiado crédulo había adoptado hasta entonces; ningún designio premeditado de destruir la sociedad, sino una aspiración á renovarla; no se negaba á Dios, pero se procuraba ignorarlo, á fin de que desapareciese poco á poco y como por preferencia. Véome obligado á reunir aquí manifestaciones muy diversas y á agrupar hechos pertenecientes á órdenes de ideas bastante distintas.

Muchos, descartando toda fe dogmática, procuraban

(2) Informe de M. Pietri, prefecto de policía, 24 de noviembre de 1867 (*Papiers des Tuileries*, tomo II, pág. 278).

guardar los preceptos de justicia que las creencias sobrenaturales habían inspirado antes. Atacaban al árbol en su tronco y se preciaban de conservar sus frutos. Esa doctrina fué la de la *moral independiente*, sistema filosófico que tuvo sus adeptos sinceros y suscitó en aquella época muchas controversias.

Otra señal distintiva de la época fué el esfuerzo de los librepensadores para emancipar á la mujer y arrancarla á las influencias sacerdotales. El *Siècle* y sobre todo *La Opinión Nacional* desplegaron un celo infatigable en propagar dicha emancipación. En esto, habiendo creado Duruy (1) cursos públicos para muchachas, la aprobación de la prensa antirreligiosa manifestóse ruidosamente, tanto que, al desnaturalizar la obra ministerial, estuvo á punto de comprometerla.

Por aquel entonces se presenciaron también notables tentativas para fomentar la instrucción popular aislándola de la idea divina. A este fin, un profesor alsaciano, Juan Macé, había creado, á fines de 1866, la *Liga de la enseñanza*. Constituida, según se decía, fuera de toda parcialidad política ó religiosa, la *Liga* se proponía fundar bibliotecas, favorecer los cursos de adultos y perseguir en todas partes la rutina ó la ignorancia. La obra, muy recomendable por sus aspectos exteriores, fué tratada con benevolencia por la autoridad pública y hasta favorablemente considerada por muchos cristianos. Al cabo de pocos meses había fundado varios círculos y reclutado cerca de cinco mil adherentes. La ilusión fué corta. Pronto se supó que la *Liga* tenía relación con una institución parecida establecida en Bélgica y patrocinada por los *Solidarios*. El programa aparente consistía en omitir á Dios, y el fin real estaba en excluirlo. De pronto Macé protestó; más tarde vino á confesar que su obra y la francmasonería eran dos *obras hermanas* (2). Así se insinuaba, con palabras embozadas todavía y con disfraces intermitentes, la doctrina que la edad siguiente había de proclamar.

Al mismo tiempo se revelaba en parte de la juventud una susceptibilidad singular cada vez que se volvía ó se suponía volverse á las influencias clericales. De todas las grandes escuelas, la más agitada era la de medicina. Ciertos días el anfiteatro se llenaba de tal gentío que no quedaba un puesto desocupado. Con los estudiantes se mezclaban muchas personas ajenas á la facultad, atraídas por la curiosidad ó por la esperanza de tumulto. La lección se desarrollaba, interrumpida por aclamaciones y silbidos y movida como una conferencia política. Así pasaba cuando algún profesor, conocido por sus ideas materialistas, entraba en las cuestiones en que la ciencia médica confina con la filosofía. Por respeto á la neutralidad de la enseñanza, el profesor se limitaba las más de las veces á los hechos y se abstenía de formular una doctrina. Pero el auditorio acentuaba las palabras, notaba los gestos, interpretaba las pausas y con sus aplausos aportaba la conclusión. La juventud tiende á abultarlo todo: los más animados recogían las ideas del profesor, pero, ya fuese por ardor fanático, ya fuese por torpeza de novicios, recalcan lo que la enseñanza se limitaba á insinuar. De aquí diferentes trabajos que entonces escandalizaron mucho; de aquí, sobre todo, dos

tesis de doctorado, que adquirieron gran fama, una por lo terminante de las afirmaciones materialistas y la otra por lo osado de sus doctrinas socialistas. Lo más singular no fué la audacia de esas tesis, sino el que fuesen admitidas por la Facultad. Y no sólo fueron admitidas las tesis, sino que también lo fueron los candidatos. «No se las leyó con bastante atención,» dijo un día el delegado del ministro, Sr. Robert, para explicar la indulgencia ó la inadvertencia del tribunal de exámenes (3). Y, en efecto, no debieron leer nada de ellas, pues de haberlas siquiera ojeado, su admisión hubiera sido inexcusable.

Ninguno de esos síntomas había escapado á la atención de los que por deber profesional ó por simple curiosidad seguían la evolución de las ideas. En un folleto publicado con el título de *El ateísmo y el peligro social*, monseñor Dupanloup, á fines de 1866, había denunciado con vehemencia las manifestaciones del espíritu nuevo. El obispo de Orleans era hombre batallador y su testimonio podría ser sospechoso. Pero contra el prelado que ocupaba entonces el arzobispado de París, monseñor Darboy, nadie se hubiera atrevido á formular el mismo reproche. Este tenía sed de conciliación como otros la tenían de lucha, creía en la alianza de la Universidad con la religión, vivía en muy buenos términos con el mundo oficial y mantenía cordiales relaciones con Duruy. No se le conocían adversarios, á no ser los jesuitas, y quizá también Pío IX que le observaba con recelo, temiendo que su tolerancia degenerase en debilidad. Sus tendencias muy conocidas no hicieron más que dar más peso á su intervención cuando, en 1867, en una pastoral impregnada de ansiosa tristeza, puso en guardia á los fieles y á los poderes públicos contra los recientes desbordamientos de la impiedad. Al año siguiente, el obispo de Metz, monseñor Dupont des Loges, prelado de gran mérito y de la más austera virtud, no creyó excederse en los deberes de su cargo condenando, en una carta á sus diocesanos, la *Liga de la enseñanza* (4). Mientras el clero se alarmaba de esta manera, otros, en el mundo laico, observaban, con preocupada vigilancia, la demolición de las creencias tradicionales. Hasta en la sociedad protestante se manifestaban ciertas inquietudes. Dícese que uno de los más apesadumbrados era Guizot. En sus conversaciones particulares, éste no dejaba de predicar la unión de todos los creyentes; y en dos libros, uno sobre la *Esencia de la religión* y el otro sobre su *Estado actual*, se había esforzado recientemente en deslindar las máximas fundamentales que rigen al cristianismo y en establecer en un amplio terreno de inteligencia la línea de los que, sin acepción de confesión, profesaban una fe común en Jesucristo.

En la primavera de 1868 se inició un gran debate público, destinado á ofrecer sin duda á las antiguas y á las recientes doctrinas una ocasión solemne de encontrarse.

Ante el Senado iba á desarrollarse aquel proceso que era el de la Ciencia moderna y de la Fe. El pretexto era una petición del periodista Girault, que señalaba las tendencias materialistas de la Escuela de Medicina y pedía, por vía de consecuencia, la libertad de la ense-

(1) Circular de 26 de octubre de 1867.

(2) Véase *Bulletin de la Ligue française de l'enseignement*, año 1881, pág. 427.

(3) Véase *Monitor* de 22 y 23 de mayo de 1868.

(4) Véase *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el abate Klein, página 204.